



LECTIO DIVINA

I semana de Adviento
Del 01 al 07 de diciembre de 2019



"Viene a visitarnos

La verdad y la vida. ¡Despierta!

DOMINGO, 01 DE DICIEMBRE DE 2019
¿Preparado?

Oración introductoria

Que esté atento, Señor, a lo que Tú me quieres pedir.

Petición

¡Ven, Señor, no tardes! ¡Ven que te esperamos! ¡Ven pronto, Señor!

Lectura del Profeta Isaías (Is. 2,1-5)

Visión de Isaías, hijo de Amós, acerca de Judá y de Jerusalén. En los días futuros estará firme el monte de la casa del Señor, en la cumbre de las montañas, más elevado que las colinas. Hacia él confluirán todas las naciones, caminarán pueblos numerosos y dirán: «Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob. Él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas; porque de Sion saldrá la ley, la palabra del Señor de Jerusalén». Juzgará entre las naciones, será árbitro de pueblos numerosos. De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra. Casa de Jacob, venid; caminemos a la luz del Señor.

Salmo (Sal 121, 1-2. 3-4a. 4b-5. 6-7. 8-9)

Vamos alegres a la casa del Señor.

Lectura de la carta del Apóstol

San Pablo a los Romanos (Rom. 13,11-14)

Hermanos: Comportaos reconociendo el momento en que vivís, pues ya es hora de despertaros del sueño, porque ahora la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe. La noche está avanzada, el día está cerca: dejemos, pues, las obras de las tinieblas y pongámonos las armas de la luz. Andemos como en pleno día, con dignidad. Nada de comilonas y borracheras, nada de lujuria y desenfreno, nada de riñas y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo.

Lectura del santo Evangelio según San Mateo (Mt. 24,37-44)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Cuando venga el Hijo del hombre, pasará como en tiempo de Noé. En los días antes del diluvio, la gente comía y bebía, se casaban los hombres y las mujeres tomaban esposo, hasta el día en que Noé entró en el arca; y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos; lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del hombre: dos hombres estarán en el campo, a uno se lo llevarán y a otro lo dejarán; dos mujeres estarán moliendo, a una se la llevarán y a otra la dejarán. Por tanto, estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría en vela y no dejaría que abrieran un boquete en su casa. Por eso, estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre».

Releemos el evangelio

San Bernardo (1091-1153)

monje cisterciense y doctor de la Iglesia

Sermón 4 y 5 para Adviento 5

“El Hijo del hombre vendrá a la hora menos pensada”

Hermanos, es justo que celebren con toda devoción la venida del Señor, tanto nos alegra su consuelo y nos asombra su condescendencia, tanto su amor arde en nosotros. Pero no piensen únicamente en la primera venida, cuando el Señor viene a buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc 19,10), sino también en la otra venida, cuando volverá y nos llevará consigo. ¡Quisiera verlos sin cesar ocupados en meditar en sus corazones estas dos venidas, cuánto nos dio en la primera y cuánto nos ha prometido en la segunda! Que ustedes se reposen entre estas dos cunas (Sal 67,14) ya que son los dos brazos del Esposo entre los cuales reposaba la Esposa del Cantar de los Cantares: “Su izquierda sostiene mi cabeza y con su derecha me abraza” (2,6). (...)

Hay una tercera venida del Señor entre las dos venidas que evoqué, los que la conocen se reposan con gran felicidad. La primera y la última son visibles, ésta no lo es. En la primera, el Señor se manifestó en la tierra y vivió entre los hombres (Ba 3,38) (...). En la última, “todos verán la salvación de Dios” (Lc 3,6; Is 40,5). (...) La intermedia, en cambio, es secreta. En ella sólo los elegidos ven al Señor en lo más íntimo de sí mismos, y ven dónde sus almas son salvadas. En la primera venida, el Señor vino en nuestra carne y nuestra debilidad.

En su venida intermedia viene en Espíritu y poder. Su última venida, será en gloria y majestad. Pero es por la fuerza de las virtudes que se llega a la gloria, como está escrito: “El rey de la gloria es el Señor de los ejércitos” (Sal 23,10) y en el mismo libro, “Para ver tu

poder y tu gloria” (62,3). La venida intermedia es como una senda por la que se pasa de la primera a la última. En la primera, Cristo fue nuestra redención y en la última, aparecerá como nuestra vida. En su venida intermedia, es nuestro descanso y nuestro consuelo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús, en definitiva, prepara para nosotros y nos pide que también nosotros preparemos. ¿Qué prepara Jesús para nosotros? Prepara un lugar y un alimento. Un lugar mucho más digno que la «habitación grande acondicionada» del Evangelio. Es nuestra casa aquí abajo, amplia y espaciosa, la Iglesia, donde hay y debe haber un lugar para todos. Pero nos ha reservado también un lugar arriba, en el paraíso, para estar con él y entre nosotros para siempre. Además del lugar nos prepara un alimento, un pan que es él mismo: “Tomad, esto es mi cuerpo”. Estos dos dones, el lugar y el alimento, son lo que nos sirve para vivir. Son la comida y el alojamiento definitivos. Ambos se nos dan en la Eucaristía. Alimento y lugar.» (*Homilía de S.S. Francisco, 3 de junio de 2018*).

Meditación

En toda salida de vacaciones, planeamos el recorrido, qué vamos a llevar, cuáles son las cosas que necesitaremos en el lugar al que vamos... o si es una fiesta pensamos en el mejor vestido, si es de día o de noche, si lloverá... pero a veces olvidamos qué es lo que vamos a llevar de regalo al festejado, qué le podría gustar más o, en el caso del viaje, quiénes vamos a estar, si a todos los que hacemos el viaje nos gustará...

Lo mismo nos puede pasar en el Adviento. Queremos llevar el propósito de no comer tanto, de no tomar tanto refresco o dulces, de obedecer diligentemente, llegar a tiempo a casa, responder los

mensajes que nos mandan... pero quizá Jesús no quiere esos regalos. O podemos pasar muy bien el Adviento, si nos preguntamos qué es lo que Jesús quería de nosotros y nos damos tiempo en la oración para conocer su voluntad y nos esforzamos por vivir con perfección nuestros propósitos confiando en que recibiremos la gracia necesaria.

Jesús nos pide que estemos preparados, como el padre de familia que cuida su casa, y que ayudemos a nuestro hermano a entrar en este misterio tan importante del Adviento, de modo que lleguemos todos juntos a Belén y presentemos el mejor obsequio al niño Jesús: nuestra disponibilidad para crecer en el amor a Dios y a los demás.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

LUNES, 02 DE DICIEMBRE DE 2019

Reconoce a Dios como Dios...

Oración introductoria

Señor, Tú conoces las heridas más profundas de mi corazón; aquellas que tantas veces escondo a los demás y que me frenan a entregarme más a Ti. Hoy, Señor, quiero pedirte que me sanes. Confío en Ti, a tu lado ya no temeré.

Petición

¡Ven Señor y renueva mi corazón!

Lectura del libro de Isaías (Is. 2,1-5)

Visión de Isaías, hijo de Amós, acerca de Judá y de Jerusalén. En los días futuros estará firme el monte de la casa del Señor, en la cumbre de las montañas, más elevado que las colinas. Hacia él confluirán todas las naciones, caminarán pueblos numerosos y dirán: «Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob. Él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas; porque de Sion saldrá la ley, la palabra del Señor de Jerusalén». Juzgará entre las naciones, será árbitro de pueblos numerosos. De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra. Casa de Jacob, venid; caminemos a la luz del Señor.

Salmo (Sal 121,1-2.4-5.6-7.8-9)

Vamos alegres a la casa del Señor.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 8,5-11)

En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaún, un centurión se le acercó rogándole: «Señor, tengo en casa un criado que está en cama paralítico y sufre mucho». Le contestó: «Voy yo a curarlo». Pero el centurión le replicó: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes; y le digo a uno: "Ve", y va; al otro: "Ven", y viene; a mi criado: "Haz esto", y lo hace». Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: «En

verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos».

Releemos el evangelio

Concilio Vaticano II

Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual, "Gaudium et spes", § 45

Para que todos los hombres entren en el Reino de los cielos.

La Iglesia, al prestar ayuda al mundo y al recibir del mundo múltiple ayuda, sólo pretende una cosa: el advenimiento del reino de Dios y la salvación de toda la humanidad. Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es "sacramento universal de salvación", que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre. El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, Hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas.

El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones. Él es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y muertos. Vivificados y reunidos en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con su amoroso designio: "restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra" (Ef 1,10). He aquí que dice el Señor: "Vengo presto, y conmigo mi recompensa, para dar a cada uno según sus obras. Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin" (Apoc 22, 12-13).

Palabras del Santo Padre Francisco

«También a nosotros cuando nos pasa algo increíble demasiado bonito, nos sale de dentro decir: «¡No me lo puedo creer, esto no es verdad!» y así decían los discípulos, no podían creer de tanta alegría. Y esa es la alegría que nos da Jesús. Si estás triste, si no estás en paz, mira a Jesús crucificado a Jesús resucitado, mira sus llagas y toma esa alegría. Y luego, además de la paz y de la alegría, Jesús da a sus discípulos una nueva misión: Les dice “como el Padre me envió, también yo os envío”». (*Homilía de S.S. Francisco, 28 de abril de 2019*).

Meditación

Señor, cuántas veces he escuchado ya este Evangelio y sin embargo Tú hoy, a través de él, quieres tocar mi corazón y manifestarme tu voluntad en mi vida; iluminar las tinieblas de mi miseria y pecado, y llenar los vacíos profundos de mi ser; quieres darle sentido a mis sufrimientos y a mi existencia. Quieres sanarme a mí y a todos aquellos que me rodean. Solo me pides que crea en Ti, para poder decirme lo que dijiste más adelante a aquel centurión: «Anda; que te suceda como has creído.» (*Mateo 8, 13*)

¡Señor, aumenta mi fe...! Aumenta mi fe, no solo para poder dirigirme a Ti como un niño a su Padre, confiado de que todo lo puedes y que, por el amor infinito que me tienes, todo me concederás si lo pido con sincero corazón; sino también como una creatura a su Creador, como un Hombre a su Dios, para poder darte a Ti la primera y última palabra de todo aquello que suceda en mi vida, aunque muchas veces no comprenda y a veces hasta duela.

¿Quién soy yo para dudar de tu sabiduría y poder, Señor? Si hasta indigno soy de que entres en mi casa ¿Cómo podré juzgar tus designios? Soy incapaz de comprender la maldad y de aceptar el

sufrimiento. Mas Tú creaste mi corazón, bien le conoces, y no te son indiferentes mis alegrías y pesares. En Ti confié, dame tu mano hoy para no sucumbir y dame tu fuerza para cargar mi cruz.

Oración final

¡Acuérdate de mí, Yahvé,
hazlo por amor a tu pueblo,
ven a ofrecerme tu ayuda.
Para que vea la dicha de tus elegidos,
me alegre con la alegría de tu pueblo. *(Sal 106,4-5)*

MARTES, 03 DE DICIEMBRE DE 2019
SAN FRANCISCO JAVIER, PRESBITERO
El misterio de Dios en mi vida.

Oración introductoria

Dame la gracia, Señor, de amarte más en las personas que me rodean porque así es como Tú lo quieres y ayúdame a aprovechar cada oportunidad que tengo para comunicarte a los demás.

Petición

Señor, ayúdame a ser un verdadero cristiano en pensamientos y actitudes.

Lectura del libro de Isaías (Is. 11,1-10)

Aquel día, brotará un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor. Le inspirará el temor del Señor. No juzgará por apariencias ni sentenciará de oídas; juzgará a los pobres con justicia, sentenciará con rectitud a los sencillos de la tierra; pero golpeará al violento con la vara de su boca, y con el soplo de sus labios hará morir al malvado. La justicia será ceñidor de su cintura, y la lealtad, cinturón de sus caderas. Habitará el lobo con el cordero, el leopardo se tumbará con el cabrito, el ternero y el león pacerán juntos: un muchacho será su pastor. La vaca pastará con el oso, sus crías se tumbarán juntas; el león como el buey, comerá paja. El niño de pecho retozará junto al escondrijo de la serpiente, y el recién destetado extiende la mano hacia la madriguera del áspid. Nadie causará daño ni estrago por todo mi monte santo: porque está lleno el país del conocimiento del Señor, como las aguas colman el mar. Aquel día, la raíz de Jesé será elevada como enseña de los pueblos: se volverán hacia ella las naciones y será gloriosa su morada.

Salmo (Sal 71,1-2.7-8.12-13.17)

Que en sus días florezca la justicia y la paz abunde eternamente.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 10,21-24)

En aquella hora Jesús se llenó de la alegría en el Espíritu Santo y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera

revelar». Y, volviéndose a sus discípulos, les dijo aparte: «¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron».

Releemos el evangelio

San Antonio el Grande (251-356)

Padre del Monaquismo cristiano

Exhortaciones 2-3, 132-133, 137, 170, Filocalia de los Padres Népticos

“Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra” (Mt 11,25)

El hombre, dotado de razón, realmente sólo tiene un gran interés : obedecer y agradecer al Dios del Universo y formar su alma con la única preocupación de serle agradable. Agradeciéndole por la realidad y la fuerza de su Providencia con la que dirige todas las cosas, no importa lo que suceda, durante la vida. Sería fuera de lugar no agradecer por la salud del cuerpo a los médicos, porque nos prescriben remedios amargos y desagradables. Pero refutaríamos a Dios la gratitud por cosas que nos parecen penosas. Como si no supiéramos que todo llega cuando debe llegar y es a nuestro beneficio, por los cuidados de la Providencia.

Ya que el conocimiento de Dios y la fe en él, son la salvación y la perfección del alma. (...) Quienes no tienen la inteligencia del alma, no piensan en eso. No comprenden que todo sucede para el bien y tal como debe suceder, para nuestra ventaja, con el fin que brillen las virtudes y que seamos coronados por Dios. (...) Es sólo al hombre que Dios escucha. Es sólo al hombre que Dios se revela. Dios ama al hombre, hasta hacer de él un dios. Sólo el hombre es digno adorador de Dios. Es para el hombre que Dios se transfigura. Es para el hombre que Dios hizo el cielo embellecido con estrellas. Es para el hombre que hizo la tierra. Y es para ellos mismos que los hombres la cultivan.

Quienes no sienten la gran providencia de Dios, tienen un alma vacía de inteligencia. (...) Sobre la tierra, Dios ha instaurado el nacimiento y la muerte. En el cielo, ha instaurado la providencia y el destino. Ha hecho todo para el hombre y su salvación. Disponiendo de todos los bienes, para el hombre Dios ha creado el cielo, la tierra y sus elementos y le dio de disfrutar de todos ellos, (...) La acción de gracias, sólo ella, gusta más a Dios que un precioso sacrificio. A Él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Crear “hogar” es crear familia; es aprender a sentirse unidos a los otros más allá de vínculos utilitarios o funcionales, unidos de tal manera que sintamos la vida un poco más humana. Crear hogar es permitir que la profecía tome cuerpo y haga nuestras horas y días menos inhóspitos, menos indiferentes y anónimos. Es crear lazos que se construyen con gestos sencillos, cotidianos y que todos podemos realizar.

Un hogar, y lo sabemos todos muy bien, necesita de la colaboración de todos. Nadie puede ser indiferente o ajeno, ya que cada uno es piedra necesaria en su construcción. Y eso implica pedirle al Señor que nos regale la gracia de aprender a tener paciencia, de aprender a perdonarse; aprender todos los días a volver a empezar. Y, ¿cuántas veces perdonar o volver a empezar? Setenta veces siete, todas las que sean necesarias. Crear lazos fuertes exige de la confianza que se alimenta todos los días de la paciencia y el perdón.» *(Homilía de S.S. Francisco, 27 de enero de 2019).*

Meditación

Quien no está abierto no puede recibir el mensaje de Cristo porque cree que ya lo sabe todo y no necesita de Dios, en cambio la persona sencilla reconoce que sin Dios nada puede, por lo tanto, nuestra actitud de frente a las cosas de Dios vale mucho.

Una de las cosas que revela el Padre es el misterio de la Trinidad que acogido con una fe sencilla se entiende como el amor filial de Cristo por su Padre y el amor paternal de Dios Padre hacia el Hijo. Esta es una imagen hermosa de la Trinidad donde el Espíritu Santo es el amor que hay entre el Padre y el Hijo. La belleza de esta imagen reside en que es algo familiar. Cada vez que vemos una buena familia en la que los padres aman a sus hijos, se esfuerzan por darles lo mejor y saben dónde y cómo ponerles límites siempre para su bien; y unos hijos que quieren a sus padres, que ven cómo ellos se esfuerzan por darles lo mejor, les lleva a valorar a sus padres y hacer lo que les dicen, nos ayudan a contemplar este misterio central de nuestra fe porque lo hacen un poco más palpable.

Dios ha revelado su mensaje de salvación a través de su Hijo y hoy, siendo día de san Francisco Javier, podemos ver que los misioneros y predicadores de todos los tiempos han dado a conocer este mensaje que es ver, escuchar, sentir, conocer a Cristo porque en Él se encuentra toda la verdad de Dios. Así es como el evangelio nos invita a conocer la persona de Cristo.

Oración final

"Yo te bendigo, Padre,
porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes
y se las has revelado a ingenuos." (*cf Lc 10,21*)

Oración introductoria

Señor Jesús, aquí estoy. Tú me conoces, sabes bien quién soy. Tú ves mi corazón. Sabes cómo es: sano y enfermo, fuerte y débil, valiente y miedoso... Quiero que toques mi corazón hoy, Jesús. Renuévame. Ayúdame a dejarte hacer. María, acompáñame, por favor.

Petición

Jesús, gracias por el don de tus sacramentos, especialmente por el don de la Confesión y de la Eucaristía, ayúdame a recurrir a ellos con frecuencia.

Lectura del libro de Isaías (Is. 25,6-10a)

En aquel día, preparará el Señor del universo para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares suculentos, un festín de vinos de solera; manjares exquisitos, vinos refinados. Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos, el lienzo extendido sobre a todas las naciones. Aniquilará la muerte para siempre. Dios, el Señor, enjugará las lágrimas de todos los rostros, y alejará del país el oprobio de su pueblo -lo ha dicho el Señor-. Aquel día se dirá: «Aquí está nuestro Dios. Esperábamos en él y nos ha salvado. Este es el Señor en quien esperamos. Celebremos y gocemos con su salvación, porque reposará sobre este monte la mano del Señor».

Salmo (Sal 22,1-3a.3b-4.5.6)

Habitaré en la casa del Señor por años sin término.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 15,29-37)

En aquel tiempo, Jesús, se dirigió al mar de Galilea, subió al monte y se sentó en él. Acudió a él mucha gente llevando tullidos, ciegos, lisiados, sordomudos y muchos otros; los ponían a sus pies, y él los curaba. La gente se admiraba al ver hablar a los mudos, sanos a los lisiados, andar a los tullidos y con vista a los ciegos, y daban gloria al Dios de Israel. Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: «Siento compasión de la gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino». Los discípulos le dijeron: «¿De dónde vamos a sacar en un despoblado panes suficientes para saciar a tanta gente?». Jesús les dijo: «¿Cuántos panes tenéis?». Ellos contestaron: «Siete y algunos peces». Él mandó a la gente que se sentara en el suelo. Tomó los siete panes y los peces, pronunció la acción de gracias, los partió y los fue dando a los discípulos, y los discípulos a la gente. Comieron todos hasta saciarse y recogieron las sobras: siete canastos llenos.

Releemos el evangelio

Concilio Vaticano II

Constitución sobre la santa liturgia «Sacrosanctum Concilium», § 6.8

***«Cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz,
proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva» (1C 11,26)***

Así como Cristo fue enviado por el Padre, El, a su vez, envió a los Apóstoles llenos del Espíritu Santo. No sólo los envió a predicar el Evangelio a toda criatura y a anunciar que el Hijo de Dios, con su Muerte y Resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte,

y nos condujo al reino del Padre, sino también a realizar la obra de salvación que proclamaban, mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica.

Y así, por el bautismo, los hombres son injertados en el misterio pascual de Jesucristo: mueren con El, son sepultados con El y resucitan con El; reciben el espíritu de adopción de hijos "por el que clamamos: Abba, Padre" (Rom., 8,15) y se convierten así en los verdaderos adoradores que busca el Padre. Asimismo, cuantas veces comen la cena del Señor, proclaman su Muerte hasta que vuelva...

En la Liturgia terrena preguntamos y tomamos parte en aquella Liturgia celestial, que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero, cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía; aguardamos al Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste El, nuestra vida, y nosotros nos manifestamos también gloriosos con El.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Los discípulos eran prudentes. Creo que en ese momento Jesús se enfadó en su corazón: ¡Denles ustedes de comer! El Señor -dice el Evangelio- tuvo compasión porque veía a aquellas personas como ovejas sin pastor. Por un lado, el gesto de Jesús, la compasión y, por otro, la actitud egoísta de los discípulos que buscan una solución, pero sin compromiso, que no se ensucian las manos, como diciendo que esta gente se las arregle.» *(Homilía de S.S. Francisco, 17 de septiembre de 2019, en santa Marta).*

Meditación

¿Cuándo se irá esta gente?, te preguntas. Frente a Ti, a lo lejos, el lago y las nubes del cielo se han teñido de rojos, naranjas y violetas. A orillas del lago se divisan ya algunas manchas de luces dispersas.

Cafarnaúm, Magdala... Está atardeciendo y ya es el tercer día. ¡Tres días! Y la marea de gente sigue yendo y viniendo. Sientes una mano en tu hombro derecho. Volteas. Es Jesús. ¿Qué sientes cuándo sus ojos encuentran los tuyos? Si quieres quédate en este encuentro. Si lo prefieres, sigue contemplando.

Escucha a Jesús: *Me da lástima esta gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer... ¿Qué pasa en tu interior en estos momentos? Se lo puedes contar a Jesús si quieres...*

Oración final

Ahí viene el Señor Yahvé con poder,
y su brazo lo sojuzga todo *(Is 40,10)*

JUEVES, 05 DE DICIEMBRE DE 2019

Una vida construida sobre Roca.

Oración introductoria

Jesús, José y María, quédense a mi lado todo el día.

Petición

Padre Santo, ayúdame a abrazarme a tu voluntad y cumplirla con fe, no importa que sea fácil o difícil.

Lectura del libro de Isaías (Is. 26,1-6)

Aquel día, se cantará este canto en la tierra de Judá: «Tenemos una ciudad fuerte, ha puesto para salvarla murallas y baluartes. Abrid las puertas para que entre un pueblo justo, que observa la lealtad; su ánimo está firme y mantiene la paz, porque confía en ti. Confiad siempre en el Señor, porque el Señor es la Roca perpetua. Dolegó a los habitantes de la altura, a la ciudad elevada; la abatirá, la abatirá hasta el suelo, hasta tocar el polvo. La pisarán los pies, los pies del oprimido, los pasos de los pobres».

Salmo (Sal 117,1.8-9.19-21.25-27ª)

Bendito el que viene en nombre del Señor.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 7,21.24-27)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se desbordaron

los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se derrumbó. Y su ruina fue grande».

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Sermones sobre los salmos, salmo 95, § 4

Construir una casa

[El salmista dice:] «Grande es el Señor y muy digno de alabanza» (95,4). ¿Quién es este Señor grande y digno de alabanza si no el mismo Jesucristo? Seguro que sabéis que se apareció como hombre; sabéis que fue concebido en el seno de una mujer, que nació de su seno, que fue amamantado, llevado en sus brazos, circuncidado y que por él se presentó una ofrenda (Lc 2,24), y que creció. Sabéis también que fue abofeteado, cubierto de salivazos, coronado de espinas y crucificado, y que murió y fue traspasado por una lanza. Sabéis que sufrió todo esto: sí, «grande es el Señor y muy digno de alabanza».

Guardaos bien de menospreciar su pequeñez; comprended su grandeza. Se hizo pequeño porque vosotros erais pequeños: comprended también cuán grande es, y seréis grandes con él. Es así como se construye una casa, así es como se levantan los grandes muros de una casa. Las piedras que traen para construir este edificio se hacen grandes: creced también vosotros, comprended cuán grande es Cristo, cuán grande es, muy grande, el que parece pequeño... ¿Qué puede decir la lengua humana para alabar al que es grande? Al decir «muy» grande, lo que hace es esforzarse para expresar lo que siente y cree..., pero es como si dijera: «Eso que no puedo expresar, intenta captarlo con el pensamiento; y, sin embargo, debes saber que eso que habrás captado es muy poca cosa». Lo que sobrepasa a todo pensamiento ¿cómo puede una lengua cualquiera traducirlo? «¡Grande es el Señor y

muy digno de alabanza!» Que él sea alabado, predicado, que sea anunciada su gloria, y sea elevada su mansión.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Son proyectos humanos, también los nuestros, puestos al servicio de un “yo” cada vez más grande, hacia un cielo en el que ya no hay lugar para Dios. Dios deja que lo hagamos durante algún tiempo, para que podamos experimentar hasta qué punto del mal y de la tristeza podemos llegar sin Él... Pero el Espíritu de Cristo, Señor de la historia, no ve el momento de tirarlo todo por la borda, para hacernos empezar de nuevo. Siempre somos un poco “cortos” de vista y de corazón; abandonados a nosotros mismos, acabamos perdiendo el horizonte; llegamos a convencernos de que lo hemos entendido todo, de que hemos tenido en cuenta todas las variables, de que hemos previsto qué va a pasar y cómo va a pasar... Son todas construcciones nuestras que se imaginan que tocarán el cielo. En cambio, el Espíritu irrumpe en el mundo desde las alturas, desde el seno de Dios, allí donde el Hijo fue generado, y hace nuevas todas las cosas.» *(Homilía de S.S. Francisco, 8 de junio de 2019).*

Meditación

Todos, alguna que otra vez, experimentamos algo de vacío en nuestra vida. A veces estamos seguros de haber encontrado algo que nos hará completamente felices, o que, por lo menos, nos hace pasar el tiempo y nos divierte. Después de mucho tiempo, algo pasa: o nos aburrimos de eso que compramos, o alguien nos traiciona, o las amistades se van apagando. Entonces decimos, «¿y ahora qué?».

Esta sensación de desorientación es exactamente a lo que el Señor se refiere cuando nos avisa los peligros de construir sobre arena. Seguido nos podemos hacer un concepto de Dios y de nuestra relación

con Él que sólo toca unas cuantas realidades de nuestras vidas. A veces le tenemos miedo a ese «Dios»; a veces tenemos miedo de que nuestra relación implique mucho sacrificio, pero como todo es tan superficial todo va bien.

Lo difícil llega cuando nos empezamos a dar cuenta que hay más cosas en el fondo de nuestro ser que no tienen sentido fuera de Dios. Necesitamos a alguien que «sí» nos ame de manera incondicional cuando los demás parece que no nos hacen caso; alguien que «sí» pueda comprendernos cuando no entendemos nada; alguien que «sí» llene el vacío que dejan las cosas y las personas cuando no están cerca.

¿Cómo reacciona el Señor?: Toca a la puerta, y en el momento en que le dejamos entrar en todas las realidades de nuestra vida, *¡en todas!*, entonces todo empieza a cuadrar, todo se fundamenta sobre roca. Y si de repente pasa algo de verdad muy fuerte, nos dolerá, pero como dice el Evangelio, la casa no se va a caer.

Dejemos que Dios construya la casa. Hagámosle parte de nuestra vida, orando, amando, sirviendo. Esa es su voluntad de Dios, que amemos y nos dejemos ser amados. En todo momento y circunstancia.

Oración final

¡Alabad a Yahvé, todas las naciones,
ensalzadlo, pueblos todos!
Pues sólido es su amor hacia nosotros,
la lealtad de Yahvé dura para siempre. *(Sal 117)*

Oración introductoria

Padre mío, dame la gracia de tener una fe firme y un corazón bien dispuesto para recibir tus dones. Tú sabes que creo, pero aumenta mi fe para que la obra de amor que ha comenzado en mí, llegue a su plenitud. Amén.

Petición

Señor, toca mi corazón y haz que se abran los ojos de mi espíritu para poder conocerte y amarte como siempre lo has querido.

Lectura del libro de Isaías (Is. 29,17-24)

Esto dice el Señor: «Pronto, muy pronto, el Líbano se convertirá en vergel, y el vergel parecerá un bosque. Aquel día, oirán los sordos las palabras del libro; sin tinieblas ni oscuridad verán los ojos de los ciegos. Los oprimidos volverán a alegrarse en el Señor, y los pobres se llenarán de júbilo en el Santo de Israel; porque habrá desaparecido el violento, no quedará rastro del cínico; y serán aniquilados los que traman para hacer el mal: los que condenan a un hombre con su palabra, ponen trampas al juez en el tribunal, y por una nadería violan el derecho del inocente. Por eso, el Señor, que rescató a Abrahán, dice a la casa de Jacob: “Ya no se avergonzará Jacob, ya no palidecerá su rostro, pues, cuando vean sus hijos mis acciones en medio de ellos, santificarán mi nombre, santificarán al Santo de Jacob y temerán al Dios de Israel”. Los insensatos encontrarán la inteligencia y los que murmuraban aprenderán la enseñanza».

Salmo (Sal 26,1.4.13-14)

El Señor es mi luz y mi salvación.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 9,27-31)

En aquel tiempo, dos ciegos seguían a Jesús, gritando: «Ten compasión de nosotros, hijo de David». Al llegar a la casa se le acercaron los ciegos, y Jesús les dijo: «¿Creéis que puedo hacerlo?». Contestaron: «Sí, Señor». Entonces les tocó los ojos, diciendo: «Que os suceda conforme a vuestra fe». Y se les abrieron los ojos. Jesús les ordenó severamente: «¡Cuidado con que lo sepa alguien!». Pero ellos, al salir, hablaron de él por toda la comarca.

Releemos el evangelio

San Máximo el Confesor (c. 580-662)

monje y teólogo

Centuria sobre la teología V, 34-35, 42, 45, Filocalia de los Padres Népticos

La gracia que Dios nos ha dado (Rom 12,6)

Cada uno de nosotros posee la energía manifiesta del Espíritu en proporción a la fe que está en él (*cf. Rom 12,6*). De este modo, cada uno es el intendente de su propia gracia. Nunca quien esté bien dispuesto podrá desear algo de quien es honrado por la gracia, en cuanto que sobre él mismo reposa la disposición para recibir los bienes de Dios. Lo que hace que los bienes de Dios permanezcan en nosotros, es la medida de la fe de cada uno. Ya que es en la medida que creemos que nos es dado el fervor en la acción. El que actúa, revela la medida de su fe en proporción a la acción: recibe la medida de la gracia según cuanto ha creído.

(...) Por las elevaciones parciales de las virtudes, con la ayuda de Dios, hagamos converger hacia su finalidad los carismas que nos fueron compartidos,. Para que no dejemos ciega y como sin ver nuestra fe, privada de las luces que dan las obras del Espíritu. En la medida que esté en nuestra posibilidad, no enceguezcamos en nosotros mismos los ojos divinos de la fe. (...) Quien no cumple las órdenes divinas de la fe, posee una fe ciega. Porque ya que las órdenes de Dios son luz (*cf. Is 26,9 en la Biblia LXX*), quien no cumple las órdenes de Dios está sin luz divina. Deja sin respuesta el llamado divino, no responde verdaderamente.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Para hacer resplandecer la luz de Cristo, todos tenemos el deber de combatir cualquier corrupción espiritual, que es peor que la caída de un pecador, porque se trata de una ceguera cómoda y autosuficiente donde todo termina pareciendo lícito: el engaño, la calumnia, el egoísmo y tantas formas sutiles de autorreferencialidad, ya que “el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz”.» (*Homilía de S.S. Francisco, 21 de diciembre de 2018*).

Meditación

Reconocer nuestra ceguera.

Todos nosotros, sin excepción, tenemos un aspecto de nuestra vida que nos limita: un defecto, un vicio, una carencia. Algunos tendemos a ser perezosos, otros somos fáciles a la ira, algunos somos sensuales, avaros, lujuriosos, engreídos, o envidiosos. Todos tenemos, en mayor o menor grado, algún tipo de «ceguera» que nos impide ir por el camino correcto.

Si queremos ser sanados lo primero que tenemos que hacer es reconocer nuestra «ceguera» y querer combatirla. En el Evangelio, los ciegos salen al encuentro de Jesús, son ellos los que lo buscan a pesar de sus limitaciones. Tal vez hubiese sido más fácil aceptar la ceguera y seguir viviendo como si nada pasara, resignados a vivir con sus limitaciones y defectos; tal vez hubiesen evitado la humillación de reconocer en público sus defectos e insuficiencias. Sin embargo, los dos ciegos decidieron ir con Jesús y rogarle que los sanara.

Creer que Él puede curarme.

Dios se fija ante todo en los corazones. Para Jesús hubiese sido más fácil haberlos curado inmediatamente después de su petición, sin necesidad de otra cosa sino sus palabras: «quedad curados». Sin embargo, Jesús sabe que la ceguera más fuerte no es la física, sino aquella del corazón. El Señor reconoció que estos dos ciegos necesitaban dar un salto de fe que les permitiera creer y ver las maravillas que Dios puede hacer. Él se dio cuenta que, más que sus ojos, eran sus corazones los que no podían ver.

Es en intuición divina en la que se pone la pregunta que Dios les hace a los dos ciegos: «¿Creen?», y la respuesta milagrosa: «Hágase en ustedes según su fe». Cristo sabía que lo único que estos hombres necesitaban para ser curados era abrir sus corazones a la gracia que mana sin cesar de la fuente del Amor. Para que se realizara el milagro sólo bastaba que abrieran los ojos del alma.

Oración final

Cantaré por siempre el amor de Yahvé,
anunciaré tu lealtad de edad en edad. (*Sal 89,1*)

SÁBADO, 07 DE DICIEMBRE DE 2019
SAN AMBROSIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA
Hacer que de mi corazón un corazón apóstol.

Oración introductoria

Permíteme, Señor, ser un apóstol de tu misericordia y tu perdón entre los demás.

Petición

Haz Jesús, que Tú seas todo para mí y que viva con la inquietud y el ansia de proclamar tu Buena Nueva a todas las personas.

Lectura del libro de Isaías (Is. 30,19-21.23-26)

Esto dice el Señor, el Santo de Israel: «Pueblo de Sion, que habitas en Jerusalén, no tendrás que llorar, se apiadará de ti al oír tu gemido: apenas te oiga, te responderá. Aunque el Señor te diera el pan de la angustia y el agua de la opresión ya no se esconderá tu Maestro, tus ojos verán a tu Maestro. Si te desvías a la derecha o a la izquierda, tus oídos oirán una palabra a tus espaldas que te dice: “Éste es el camino, camina por él”. Te dará lluvia para la semilla que siembras en el campo, y el grano cosechado en el campo será abundante y succulento; aquel día, tus ganados pastarán en anchas praderas; los bueyes y asnos que trabajan en el campo comerán forraje fermentado, aventado con pala y con rastrillo. En toda alta montaña, en toda colina elevada habrá canales y cauces de agua el día de la gran matanza, cuando caigan las torres. La luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol será siete veces mayor, como la luz de siete días, cuando el Señor vende la herida de su pueblo y cure las llagas de sus golpes».

Salmo (Sal 146,1-2.3-4.5-6)

Dichosos los que esperan en el Señor.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 9, 35-10, 1.6-8)

En aquel tiempo, Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor». Entonces dice a sus discípulos: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies». Llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y toda dolencia. A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones: «Id a las ovejas descarriadas de Israel. Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis».

Releemos el evangelio

San [Padre] Pío de Pietrelcina (1887-1968)

capuchino

GF 171,169, Buona Giornata

***"Al contemplar aquel gran gentío,
Jesús sintió compasión, porque estaban decaídos y desanimados"***

La esperanza en la misericordia inagotable de Dios nos sostiene en el tumulto de las pasiones y en la tempestad de las contrariedades. Con confianza acudamos al sacramento de la penitencia donde el Señor nos espera en todo momento como un Padre de misericordia. Es cierto que en su presencia somos conscientes de no merecer su perdón;

pero no dudamos de su misericordia infinita. Olvidemos, pues, nuestros pecados como Dios los olvida antes que nosotros.

No hay que volver sobre ellos, ni con el pensamiento ni en la confesión, si ya los hemos confesado anteriormente. Gracias a nuestro arrepentimiento sincero, el Señor los ha perdonado una vez por todas. Querer volver sobre ellos para quedar de nuevo absueltos o porque dudamos que nos hayan sido perdonados ¿no sería una falta de confianza en la bondad divina?

Si esto te puedo traer algún alivio, puedes volver con tu pensamiento sobre las ofensas contra la justicia de Dios, o su sabiduría, o su misericordia, pero únicamente para llorar lágrimas saludables de arrepentimiento y de amor.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La misión es pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, es pasión por su pueblo. Es aprender a mirar donde él mira y a dejarnos conmover por lo mismo que él se conmueve: sentimientos entrañables por la vida de sus hermanos, especialmente de los pecadores y de todos los que andan abatidos y fatigados como ovejas sin pastor. Por favor, nunca acurrucarse en cobertizos personales o comunitarios que nos alejen de los nudos donde se escribe la historia. Cautivados por Jesús y miembros de su Cuerpo integrarnos a fondo en la sociedad, compartir la vida con todos, escuchar sus inquietudes...» *(Homilía de S.S. Francisco, 15 de noviembre de 2018).*

Meditación

En cada pasaje del Evangelio Jesús nos enseña un rasgo de su corazón. Hoy, si leemos el Evangelio con el corazón vemos un corazón que ama y que, como dice san Juan, «ama hasta el extremo». Como cristianos, Jesús nos invita a imitar su amor. Él mismo nos lo dijo en la Última Cena, cuando nos dio el Mandamiento del Amor: «Amaos como yo os he amado».

Ahora, este amor del corazón de Jesús es un amor activo, que busca satisfacer los problemas de los demás. No es un amor abstracto o basado en sentimientos, sino un amor que cura, que predica, que perdona. Hoy, el ejemplo de Cristo nos impela a formar en nosotros un corazón inflamado de amor como el suyo, que nos lleve a satisfacer siempre las necesidades de los demás, que nos lleve a ser cristianos que no se quedan de brazos cruzados viendo cómo está el mundo, sino que se meten en él para transformarlo.

Éste es el corazón del apóstol que todos estamos llamados a encarnar en nuestra vida. Un corazón que sea capaz de desgastarse por los demás, que no se rinde ante las dificultades y que llegue a estar dispuesto a dar la misma vida si es necesario, como Cristo la entregó por nosotros.

Oración final

El Señor sana los corazones quebrantados,
venda sus heridas.
Cuenta el número de las estrellas,
llama a cada una por su nombre. *(Sal 147,3-4)*